

El Accitano.

JESÚS CONDENADO A MUERTE

Parece absurdo el concepto que significan esas palabras.

Jesús, es decir, el Salvador del mundo: el Principio de toda vida, el Verbo Eterno del Eterno Padre, Aquel por quien fueron hechas todas las cosas; el que descendió de los cielos en alas de su ardiente amor para unirse a nosotros, vistiéndose de nuestra naturaleza, queriendo así comunicarnos vida sobrenatural y divina, ese Hijo de Dios quiere ser conducido a la presencia de un juez y oír de labios de aquel hombre su sentencia de muerte.

Por eso increpaba San Pedro a los judíos diciéndoles: Pedisteis que se os entregara un malvado y matasteis al Autor de la vida.

La iniquidad de Pilatos fué instrumento de la Justicia Eterna: El pecado necesitaba una expiación. ¿Y qué valdrían los sacrificios de los hombres para desagrar al cielo? Se necesitaba un holocausto de infinito valor: por eso el Verbo Divino tomó la carne humana y se ofreció por nosotros a la muerte para merecernos la vida de la gracia y la eternidad de la gloria.

Castigó Dios en su Hijo nuestra maldad: trinitó así la Misericordia y salió al encuentro de la Justicia para darse ambas un amoroso beso, como dijo el Profeta.

La memoria de aquel juez pasa de un siglo a otro cubierta de ingnomia y con el sello de la maldición y de la infamia.

Conocía la inocencia de Jesucristo, y sin embargo lo condena; lávase las manos pretendiendo declararse inocente, y en realidad agrava su pecado disfrazando el crimen con la máscara de la hipocresía.

Los intereses terrenos sacrificaron en sus aras a la verdad y a la justicia y trazóse una senda por donde habían de caminar muchos desde aquel instante.

¿Por ventura no vemos mil veces proscribir la religión, perseguido la Iglesia, conculcado el Derecho en nombre de una falsa política?

¿No contemplamos con dolor frecuentemente, pisoteados los preceptos de la Moral Cristiana en nombre de las conveniencias sociales?

¿No se hace, con harta facilidad, escarnio de las cosas mas venerandas, sin evitarse por quien puede, so pretexto de impedir otros males?

Pues ved en todos los que así obran fíeles imitadores de la conducta de Pilato. Y este reconocía en Jesucristo únicamente un hombre puro, inocente; pero un hombre: nosotros tenemos a la vista las pruebas mas fehacientes y gloriosas de su adorable Divinidad.

Y si todos nosotros examinamos la conciencia ¿quién no se convencerá de que también ha condenado a muerte a Jesús, ca-

da vez que soltó riendas a las pasiones, dando al olvido la voluntad de Dios, que nos pide la pureza del alma?

¿No triunfan los respetos humanos en los corazones, pretendiendo arrojar al lodo los mandamientos divinos y los preceptos de la Santa Iglesia Católica?

En verdad, si nos escandaliza la conducta del Gobernador de la Judea, mucho mas deberíamos escandalizarnos de nosotros mismos.

¡Ay, Jesús mío! Todos, por medio de aquel desdichado juez, te condenamos al patíbulo; pero como bajaste de los cielos para redimir a los hombres, no pronuncies contra nosotros la sentencia terrible de una eternidad de tormentos, privándonos de tu amorosa vista.

Quisiste morir por salvarnos; sálvanos, pues, Jesús dulcísimo: acuérdate de que has apreciado nuestras almas en valor infinito, el precio de tu sangre.

Maximiano, Obispo de Guadix y Baza

SONETO

So'a queda la Cruz, sin el divino
cuerpo del Redentor, que yace en tierra;
su luz apaga el sol, la noche cierra
y oculto ahoga el pájaro su trino.

Apenas el reflejo vespertino
abandona la cumbre en que se encierra
el misterio de amor, al alma aterra
la oscuridad medrosa del camino.

Toda en sombras está; mas clara lumbre,
del cielo desprendiéndose, ilumina
del madero, subido a la alta cumbre,
con resplandores débiles, los trazos;
y ostentando en su ser sangre divina,
redentora la Cruz, abra los brazos.

E. M. M.

LA SEMANA SANTA

Con la Dominica de Palmas, que hoy se celebra con vistosa procesión de palmas y olivos, comienzan los solemnisimos oficios de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, con aparato y austeridad tal, que, causa respeto y conmueve. No es para menos presenciar moralmente la reproducción de la cruel tragedia del Gólgota, que tuvo como final del suplicio el Calvario. Por ahora hace dieciocho siglos que murió un varón sabio de Israel, el hijo de Dios, el mismo que nació en Belén, que estuvo en el templo de Jerusalem, en el Cenáculo y que sacrificó su propia vida por darsela a una humanidad descreída, ignorante y estúpida. ¿Terrible dra-

ma, inhumano, poco culto y menos edificante! Un hombre que se le entrega a las burlas de una multitud grosera y desbordada, que le insulta, le blasfema, escupe, le hace sarcasmo, le azota, y finalmente se le lleva al suplicio. Lágrimas piadosas se derraman en su camino, se vuelve con mansedumbre y dice: «No lloréis por mí, sino por vosotros y vuestros hijos.»

Prosigo aquella gente de bronce y judía su infame obra, le olavan en un madero, le dan hiel y vinagre, le laceran el corazón, se solazan con las angustias y contorsiones que hacía en la terrible agonía el Salvador y le entierran. Después... el hijo de Israel resucita y sus verdugos repiten llenos de espanto y ofuscación las palabras de los soldados de Roma. «No hay duda, éste era verdaderamente el hijo de Dios.»

El pueblo de ahora así lo cree también; por eso simultáneamente, en toda ciudad y aldea por insignificante que sea, se celebran procesiones que recuerdan esa historia de dieciocho siglos, sintetizados en las fiestas religiosas con todo su atavismo; millares de lucecitas parece que oscilan con peregrina tristeza, como queriendo tomar parte en el duelo del día, los nazarenos revestidos con severas túnicas, las caras tristes de los fieles en su recogimiento, la modestia de los religiosos y las imágenes que representan los pasos de la Pasión del Salvador, en conjunto dan un tono de magestuosidad y respeto a la ceremonia, que causa, aun en el ánimo del incrédulo, una depresión moral misteriosa, y, todo buen cristiano, se conmueve, se arrepiente, perdona y siente piedad y dolor. ¡Que de recuerdos! ¡Qué multitud de encontrados afectos!

Y aún la crítica racionalista discute la personalidad del Salvador. Compara a Jesucristo con Sócrates; inútil tarea, por mucho que ésta escuela filosófica se esfuerce, no podrá nunca llegar a la extirpación del gran árbol de la humanidad; por mucho que sondee, no dará con sus raíces por cientos de años escondidas en lo más profundo de la historia antigua y cuyas ramas dan sombra a la moderna sociedad. Como varo sería el intento de hacer olvidar las procesiones de la Semana Santa, para ello se tendría que destruir la fe de los dos mil años que lleva de adoración, destruir el mundo, formar un génesis y crear un nuevo mundo. Tarea más fácil les sería también a los racionalistas destruir los monumentos de la ley antigua, la obra de Moisés, David y demás profetas, que arrancar al pueblo su fe, y, aun surgiría un grito universal de solemne protesta, que abarcaría de Norte a Sur, de Oriente a Occidente, vendrían a pedir cada uno en su idioma, que quedase en pie la obra verdad, la del Salvador, la del Dios de la creación.

A la sociedad actual descreída o indiferente, le va faltando la fe y en su vertiginosa carrera mira más al mundo que al cielo. Ignoro como se trataría al hijo de Dios si

volviera á esta nuova Babilonia corrompida; pero casi me atreveria augurar que seria el Justo nuevamente sentenciado á cruel muerte, pues los hombres de hoy aún parecen ser peor que los de entonces; existen partidos más reaccionarios y más radicales; partidos que han convertido la justicia en instrumentos de los mismos. Todo el bien se ha convertido en mal; la virtud escarnecida, perdida la moral y el vicio entronizado y reinando.

Sociedad tan corrompida y degenerada seria capaz de matar á un nuevo Redentor.

P. CORTES.

EL MILAGRO DEL AMOR

El Dios cuya voz potente
Al mundo existencia dió,
Y la natura vistiera
De esmeralda y de zafir.
Aquel que desde el Empíreo
Del orbe la marcha rige,
Y de los astros dirige
El curso que han de seguir.

El Ser que tendió las nubes
Del aire por los espacios,
Y de perlas y topacios
El firmamento sembró.
El que pobló la ancha tierra,
Y puso al mar horizontes,
Y los encumbrados montes
En sus fronteras alzó.

El Dios que, con su mirada,
Y al impulso de su aliento,
Cual pluma que arrastra el viento,
Los mundos hace mover.
Aquel Ser cuya grandeza
Los cielos y tierra excede,
Y cuya gloria no puede
El Empíreo contener.

Aquel que en nubes de rosa
Su trono excelso levanta;
Aquel cuyo nombre canta
El Ángel con su laúd.
El que llenó su morada
De celestes Querubines,
Y anegó á los Serafines
En torrentes de su luz.

El que hace postrar al orbe
Ante su planta divina,
Y allá en la cumbre del Sina
Hizo á su pueblo temblar.
Aquel que en Sodoma un día
Su justicia satisfizo,
Y airada su diestra hizo
Las ciudades abrasar.

Aquel que en carro de fuego,
Con caballos iracundos,
Corrió en medio de los mundos
Con la magestad de un Rey.
El que reventó en su ira
Las henchidas cataratas
Sobre turbas insensatas
Que despreciaron su ley,

El Ser cuyo nombre alaban
Las aves en dulces trinos,
Y en ecantos peregrinos
Le saluda el ruiseñor.
Aquel cuya gloria cantan
Las aguas en blando arrullo,
Y el céfiro en su morinallo
Cuando juega con la flor...

Aquel Dios siempre glorioso
Dueño de cuanto hoy existe...
¡Vedle, humanos...! gime triste
En los brazos de una cruz!
Tuvo un pesebre por cuna,
Dos bestias por compañía,
Y faltóle en noche fría
Para cubrirse un pañal.

Aquel que se reclinaba
Del Padre en el dulce seno,
Vedle cual perdona al bueno
Y todo un Dios ya á morir.
Aquel que en la excelsa gloria
Gozaba eterna ventura,
Llena su alma de amargura,
Vino á la tierra á sufrir.

Por librar á los mortales
De sus oscuras prisiones,
Quiso dejar las mansiones
Que habitaba en el Edén.
Y al tomar la humana carne,
En exceso de cariño,
Quiere, hacerse pobre niño,
Y humilde nació en Belén.

¡Mortal! Ven hoy al Calvario,
y reconoce al infante.
Al Dios, que, del hombre amante,
Por él la muerte sufrió.
Y viendo en aquel momento
A un Dios que por ti se humilla,
Admira en tal maravilla
El milagro del amor.

Gregorio Sancho Pradilla.

TODO HA CONCLUIDO

Ya brilla el astro del día: densos nubarrones
empañan el azul del firmamento.

Las aves que momentos antes volaban por el
espacio, se han guarecido en sus nidos, presagian
de acaso algo extraordinario, terrible.

Las plantas aparecen místicas; de lozanías que es
taban.

Los humanos, que durante tres días se habían
recreado viendo padecer al Justo, añadiendo igno
minia á la ignominia, tormento al tormento, burlan
dose del dolor, y haciendo padecer mas á la Ma
dre de Dios, y madre del hombre, á su propia é in
merecida madre, comienzan á sentir en sus pechos
el recordamiento: su conciencia les clama dicién
doles que han hecho mal, que la saciada sed de
sangre ha de caer sobre los hijos suyos y los hijos
de sus hijos: que el pueblo judío ha de ser maldito
y aborrecido: que tal raza ha de ser tambien pros
crita, y ni tendrán patria, ni hogar fijo. Esos hom
bres estan aterrados, sobre sus cabezas pesa hor
rondo delito, delito único en su clase; en sus horro
res, en su trascendencia: han matado á Dios, han
cometido el SOLO deicidio que el mundo á de con
tar.

Jesús acaba de espirar.

Jesús concluye de encomendar su espíritu al Pa
dre.

Jesús momentos antes predijo á Dimas que á su
lado seria al siguiente día en el Paraíso.

Jesús se despidió de su Madre donándole nuevo
hijo para que consolara sus dolores en cuanto po
sible fuera.

Jesús legó á su Madre amantísima, á el mas
querido de sus discípulos como hijo.

Jesús despreciándose de todo humano rencor pi
dió al Eterno perdonara á sus inleues verdugos,
disculpándolos, y manifestando y proclamando y
definiendo que no sabian lo que se habían hecho.

El último suspiro del Justo estremeció el Uni

verso que tembló, presa de gravísima convulsión,
horripilado del suceso surgió el trueno, el relámpa
go cruzó el espacio y los vientos bramaron, la
humanidad tuvo miedo, tembló el pueblo deicida,
maldijo su nefanda obra reconociendo que había
martirizado al enviado de Dios, los muertos resuci
taron levantándose momentáneamente de sus sepul
cros, el velo del templo se rasgó, y pareció llega
do el último día.

Mas como la Divina misericordia es infinita,
como el Creador no queria la destrucción del hom
bre, como el acontecimiento fué obra de redención,
luego que el mundo entero mostró su dolor y su
indignación, su duelo y su pasar, la Naturaleza vol
vió á su ordenada marcha, los cadáveres volvieron
á dormir su sueño, las aves á volar, las plantas á su
lozanía y los hombres á su vida ordinaria, quedán
doles empero á el pueblo judío la eterna repulsa,
la eterna execración, y al cristiano el agradecimien
to hacia su Redentor, la indignación para los deici
das, envuelta en la conmiseración para tanto desdi
chado, y la esperanza de que redimido de la muerte
eterna, vuelva al lado de Dios y le sirva, lo posea y
la reverencie eternamente tambien en cumplimiento
de las promesas del Crucificado en el Calvario.

GARCI-TORRES

A MARIA.

¡Qué dulces melodía
Es para mí decir «Ave María»!
¡Cuán grato y cuán suave,
Oh madre mía, repetirte «Ave»!

Tú mi amor, mis delicias, mi esperanza
Y en las tormentas puerto de bonanza.
Si me acosan inquietas las pasiones,
Si las penas congojas y aflicciones
Inundan, mi alma de mortal veneno,
Sálvame, ¡oh Madre! en tu materno seno.
Mas ¡ay! voy acercándome al ocaso
Y la muerte acelera ya su paso.
Ahuyenta de mí lado al enemigo,
Y quedate ¡oh María! aquí conmigo.
Y, cerrando los ojos con tu mano
A este lánguido ya y caduco anciano,
Al emprender mi alma el raudo vuelo,
Preséntala á su Dios allá en el cielo.

LEÓN XIII.

FUNDAMENTO DE LA VENIDA DE CRISTO

Todo el mundo cristiano consagra en
estos días la fecha en que aproximadamen
te tuvieron lugar los memorables sucesos
que por espacio de algunos siglos los Pro
fetetas habían anunciado y tenían por objeto
nuestra redención. ¿Y quién era el que á
efecto llevaba este misterio? Un hombre cu
ya alta magestad llenaba el Universo ento
ro y en vez de presentarse entre nosotros
con las grandezas que á su alta jerarquía di
vina le correspondia, se presentó dándonos
el ejemplo de virtud, bondad y santidad,
pasando para ello innumerables miserias,
fatigas, penalidades y angustias, que no es
capaz de padecer ningún descendiente de
nuestro primer padre.

Nos dió pruebas desde que vino al mun
do naciendo en una gruta de Belén, envol
viendo su cuerpo en unas humildes y sen
cillas mantillas y por lecho un pesebre. Sus
persecuciones empezaron desde muy peque
ño, pues enterado Heródes de que ha
bían venido tres Monarcas á rendirle aca

tamiento maldó la degollación de todos los pequeños de su edad con el fin de que pereciera entre todos los demás el Celestial Infante, salvándose milagrosamente de tan cruel mandato.

Jesús entra ya en el período de sus predicaciones que eran el ejemplo de inimitable virtud, y para propagar su doctrina, eligió doce hombres dotados de las cualidades de su Maestro.

El mundo en aquella fecha estaba envuelto en un universal desorden. Los voluptuosos patricios romanos estaban devorando con su pertinaz ambición al poderoso imperio romano, declarando la moralidad del divorcio y de la poligamia; ellos se placían en comer peces alimentados con carne de sus esclavos, ellos contemplaban con gusto a los gladiadores ser devorados por las fieras en el circo; ellos montaban en una elegante y valiosa carroza de marfil y preciosa pedrería tirada por mujeres esclavas respirando el ambiente de sus amenos y aromados jardines; ellos se bañaban en albercas llenas de los mas exquisitos bálsamos y perfumes, y hacían rociar la esencia del nardo por todas partes que iban con el fin de que ni un solo momento les faltase tan delicado como exquisito aroma. Un moderno historiador refiriéndose a tan desenfrenada lujuria dice, que ni las apartadas regiones de Asia y Africa eran lo suficiente para abastecer de piedras preciosas y metales de lujo, ni en la tierra había las bastantes plantas aromáticas de donde extraer sus esencias para la sola ciudad de Roma. El mismo grado de comparación hay entre la opulencia de tan fanáticos personajes, y la humildad con que vino Jesús al mundo. En medio de este general desorden que estaba consumiendo la sociedad humana, fué cuando apareció Jesucristo con su vivificadora elocuencia y su convictiva palabra ayudado de los doce propagadores de su doctrina que El había elegido. Hubo filósofos antes que el viniera al mundo pero á nadie mas que El fué al que se le ocurrió aquella sencilla máxima *No hay mas que un solo Dios verdadero*. Predicaba la igualdad moral y legal entre todos los hombres, humilló al poderoso hasta compararlo con el oprimido esclavo, al humilde lo elevó hasta nivelarlo con el príncipe; al rico le dijo que la caridad es la primera de las virtudes, al afligido lo consoló, y pronunció aquella sentencia que debe estar grabada en el corazón de todos los hombres *El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado*. El nos daba el ejemplo de la pobreza pues se alimentaba mendigando á la caridad pública con lo que las personas piadosas le socorrian, no teniendo en algunas ocasiones en donde reclinar la cabeza para su descanso, pero todas las incomodidades de la pobreza las sufría con resignación.

Jesús fué el que declaró la indisolubilidad del matrimonio y la inmoralidad del divorcio y de la poligamia concretando su pensamiento en estas palabras *Uno con una y para siempre*. Abolió la esclavitud fundado en un axioma de derecho natural, que ningún hombre ha sido creado por Dios para ser propiedad de otro, en una palabra que fué el legislador que templó el despótico rigorismo de las instituciones romanas.

¡Sana filosofía y sublime doctrina! Después que Jesús nos demuestra clara y palpablemente su humana naturaleza, y su misión en la Tierra, nos dejó pruebas evidentes de su divinidad, con el sin número de milagros, pero los incrédulos lo atribuyen á magia o hechicería tanto que lo acusaron de

multitud de delitos, siendo el mayor de todos y que consigo llevaba la pena de muerte el de impostor y prevaricador de la ley de Moisés, siendo condenado tan angustioso Reo por un hipócrita juez, á la afrentosa de Cruz.

Todos sabemos los tormentos y suplicios que experimentó nuestro Redentor para llevar á cabo la ejecución de tan horrible sentencia; pero jamás despegó sus labios para dar una queja de dolor, pues todo lo sufría con resignación para consumar el misterio que á este mundo traía, abriendo las puertas del Cielo, y buscarnos la eterna felicidad.

Al bajar á la tierra para darnos la salud del alma ¿no pudo presentarse como el mas poderoso de todos los reyes, rodeado también de todo el fausto deslumbrador de los mas altos monarcas, rodeado también de un numeroso ejército que dominara todas las naciones y obligara á las mayores potestades de la tierra á humillar su frente á los pies de su refulgente trono? ¿No pudiera haber ceñido en sus sienes una diadema de oro y pedrería? No hubiera ocupado un trono de valioso cedro incrustado de nácar, marfil y piedras preciosas con arreglo á su celestial jerarquía? En cambio toma por corona la del martirio y por trono el afrentoso patíbulo de la cruz. ¿De qué nos dá testimonio?

El fundamento de su venida á este mundo, desde el fúnebre madero con sus mismas palabras lo dijo momentos antes de entregar el Espíritu á su Padre *Todo está consumado*; ó lo que es lo mismo, que la obra que traía se había cumplido.

Desde aquel mismo momento los espesos velos que envolvían las conciencias de la humanidad se desgarraron totalmente cuando aparecieron los torrentes de clara luz que se formaron al elevarse en la cumbre del Gólgota una cruz pendiendo á un Hombre entre cielo y tierra; y desde entonces, el escudo de nuestra religión lleva por insignia divina la Cruz, como distintivo y señal de Redención, esperanza y fé.

José Labella Navarrete

A LA CRUZ

Arbol donde el cielo quiso
dar el fruto verdadero
contra el bocado primero;
flor del nuevo paraíso,
arco de luz, cuyo aviso
en piélago mas profundo
la paz publicó del mundo;
planta hermosa, fértil vid,
arpa del nuevo David,
tabla de Moisés segundo,
pecador soy; tus favores
pido por justicia yo;
pues Dios en tí paderió
sólo por los pecadores,
á mí me debes tus lóres,
que por mí sólo muriera
Dios, si más mundo no hubiera:
luego eres, tú, Cruz, por mí,
que Dios no muriera en tí
si yo pecador no fuera.

Pedro Calderón de la Barca

EL QUE NO MUERE

El Oráculo de Delfos había hecho la profecía.
El advenimiento al mundo del hijo de Dios,

derrumbaba de sus pedestales á los falsos dioses; el Olimpo entero tembló, por que allí donde se iniciaba el ocaso de una religión materialista, comenzaba la aurora de una religión espiritual.

La verdad, abriéndose paso á través de erróneas creencias, brillaba con refulgencias eternas, y simbolizando la derogación del servilismo ofrecía á los hombres igualdad, amor y fraternidad.

La evolución era completa, y con la inmutable seguridad de las cosas que emanan del Altísimo, la regeneración del género humano que había comenzado en un misero portal de Bhetlem, tenía que acabar en la cumbre del Calvario.

Y el drama de la Pasión se consumó cruento y grande al mismo tiempo.

De entonces acá han transcurrido muchos años; la ley destructora del tiempo que todo lo aniquila, que todo lo evoluciona, borrando de la memoria de la Humanidad los hechos de su historia, ha sido sin embargo impotente para envolver en sus negros crespones el sublime sacrificio de un hombre que se ofrecía en holocausto de las culpas del género humano, y ofrecerle en cambio de las miserias de esta vida, una era eterna de dichas infinitas, de goces inmateriales y puros.

Ese sacrificio en que solo había un amor inmenso, ese principio de redención que el Justo selló con su sangre, ese comienzo del imperio de la verdad ese advenimiento, ya efectivo, de la religión que predicaba, donde solo hay igualdad para los hombres, donde se preconiza el amor al prójimo, donde se ensalza la caridad hermosa, donde se ofrecen consuelos grandísimos á las amarguras que laceran nuestras almas, y se halla paciencia para sobrellevar las adversidades, y fé para esperar el lenitivo, ese sacrificio, repito, es el que hoy conmemora la Cristiandad eterna.

Y es grandemente conmovedor escuchar el tañido solemne de las campanas, y oír las lamentaciones del «Miserere», y percibir el tenue rumor de la plegaria contrita que naciendo en lo más recóndito del alma pecadora sube á los labios y se eleva hasta el trono del Señor.

Por eso el día de hoy es grande, por que evoca los recuerdos del suceso más trascendental que la historia del mundo encierra, por que nos trae á la memoria, con toda su sublimidad, el sacrificio del Hombre—Dios que redimió nuestras culpas con su sangre.

No obstante la ingratitud de los humanos, al pedir al Señor misericordia, vemos inmensamente pequeña nuestra miserable vida, y elevamos á El paces de contrición, demandando para el alma el eterno consuelo, la inacabable dicha de que debe disfrutarse en las regiones celestes.

XERES.

REDENCIÓN

De oscura nube tras el denso manto
se ha escondido la luz del firmamento,
y en la cima del Gólgota sangriento
sólo reina la muerte y el espanto...

Es que el Hijo de Dios, tres veces santo,
enclavado en la Cruz de su tormento,
exhala ya su postrimer aliento,
rendido á la acritud de su quebranto.

Y el Padre Eterno que, iracundo, un día
tronando en Sinai, leyes dictara
al pueblo que la senda había torcido,
al ver que el Inocente en su agonía
rescata al mundo que en Adán pecara,
del Cielo abre las puertas complacido.

JOSÉ BRICEÑO.

JERUSALEM.

Hay que la Iglesia conmemora el terrible drama de la Cruz nos parece oportuno dar algunos, aun que lieros datos históricos sobre la Ciudad deicida y la destrucción del Templo, tomados del Diccionario de Ciencias eclesiásticas que, con la debida licencia se publicó en Barcelona por D. Niceto Alonso Perujo y el Dr. D. Juan Perez Angulo.

Según Josafó Flavio, Melquisedec fundó la ciudad de Salem, que fué mas tarde Jerusalem y aun que se pone en duda la identidad de estas dos ciudades, es lo cierto que Jebus no fues otra cosa que Jerusalem, y que estos dos nombres representan la misma ciudad en el libro de Josué y en el de los jueces.

Los judios, desesperados por los gobernadores paganos, y sobre todo por las medidas opresivas y exacciones tiránicas de Gestio Floro, se levantaron contra los romanos bajo el reinado del Emperador Nerón y la caída de Jerusalem fué la consecuencia de su revolución.

Agripa II, viendo que no era posible conciliar con alguna intervención, abandonó a Jerusalem antes de la explosión de la revuelta, y aunque los principales procuraron impedirlo, esto fué causa de que la guerra estallara entre los mismos judios.

Los grandes se refugiaron en la ciudad alta con las tropas de Agripa y Acra y los templos quedaron en poder del pueblo. Reforzados los revoltosos por una tropa de sicarios, incendiaron muchos palacios y el partido aristocrático tuvo que refugiarse en el castillo real.

Poco después llegó Cesto a la cabeza de un ejército romano y después de algunos encuentros favorables, le fué adversa la fortuna en uno de ellos, obligándole a levantar el sitio con graves pérdidas. Aprovecharon los judios esta circunstancia para reparar sus muros y prepararse a la defensa, porque sabían que Vespasiano se acercaba con un ejército numeroso; pero este aguerrido general, después de haber sometido a la Galilea y cuando se preparaba a atacar la capital, tuvo que marchar a Roma porque se le notificó la noticia de su elevación al imperio.

En manos de los zelantes el poder, cometieron toda clase de excesos contra los moradores de Jerusalem, hasta que estos dirigidos por Anano, se levantaron contra ellos obligándoles a encerrarse en el Santuario; por lo que los judios, llamaron en su auxilio a los Idumeos dándoles entrada en el templo, con cuyo apoyo, después de matar a Anano, sembraron en la ciudad el espanto y la muerte, Reemplazado Anano por Simón, hijo de Gioras, consiguió algunas ventajas; pero las divisiones hicieron formar un tercer partido a las órdenes de Eleázaro.

En tales circunstancias llegó Tito a Jerusalem, acampando tres legiones y muchas tropas auxiliares al Norte de la ciudad, mientras otra legión su-

ya acampaba por la parte de Jerichó sobre el monte Olivete, logrando apoderarse del recinto exterior y toda la ciudad baja, incendiándola y demoliéndola.

Entretanto, el hambre se había extendido por la ciudad y muchos judios trataron de huir; pero Tito lo impidió levantando una muralla.

En fin, después de repetidos asaltos, el fuerte Antonia fué tomado y arrasado por Tito, para poder atacar la montaña del templo, que tuvo lugar por la parte Nordeste.

El combate fué terrible por la defensa desesperada de los sitiados; pero Tito mandó poner fuego, que se propagó a lo largo de los pórticos del templo, sin que los judios hiciesen nada para apagarlo. Un soldado romano en medio de la lucha arrojó un trizón en lo interior, a través de la puerta de Oro y Tito mandó poner fuego al resto de la Ciudad, ocultándose los judios en las cavernas y bodegas, ocupando los romanos los muros y las torres.

Jerusalem toda ella presa de las llamas, y la espada acabó lo que había perdonado el incendio, hasta el extremo de quedar solo en pie las torres Hippen, Phasael y Mariamna; de los demás, apenas se conocían restos de habitación humana.

GRACIAM.

LA AGONIA.

Se entristece el hermosa y claro día,
muere Jesús. Ante la Cruz postrada
María está, que llora desolada
al contemplar su hijo en la agonía.

La ve Jesús, que triste, ella sufria,
y fijando en su rostro la mirada
consuela a su madre venerada
con palabras de amor, que repetia.

Y mientras que sus labios venerados,
frases de amor despiden, con fiereza
maldicen los sayones y soldados

a Jesús, que los mira con fijeza,
y al punto espira el Redentor diciendo:
«En tus manos, mi espíritu encomiendo.»

EDUARDO DE ORY.

UTILIDAD SUBLIME

La conmemoración de los divinos misterios de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo es la eterna actualidad de los cristianos, pero los no creyentes y el mundo entero, tienen que mirar con vergüenza el sublime sacrificio del Hombre Dios.

Cristo con su doctrina representa el amor, la esperanza, el placido optimismo, de quienes gracias al misterio de la Redención cuentan con medios sobrenaturales para alcanzar una felicidad eterna.

Nosotros, sin embargo, seguimos atolondrados y medrosos rehuyendo las responsabilidades de la vida o buscando en ella la amplia dilatación de limitados derechos, en vez de considerarla como el constante e intenso cumplimiento de un hermoso deber.

«Amados los unos a los otros» «amad a vuestros enemigos» nos dice Jesús con la purísima elocuencia de su sacrificio, dándose a toda la humanidad y perdonando a los que le escarnecen y lo crucifican.

«La lucha por la vida» «la supervivencia de los más aptos», «el hombre es un lobo para el hombre» «la fuerza es la ley del mundo» «la vida no merece la pena de ser vivida», tales son las máximas que pretendemos erigir en norma de nuestra existencia, después de haber incorporado a nuestra conducta los principios desconsoladores de un materialismo feroz.

Y sin embargo, la sociología moderna comprende que las sociedades se disolverían si el egoísmo que conserva el individuo no se completara con el altruismo que conserva la especie, si la utilidad individual no se integrara con la utilidad colectiva. «Egoísmo». «Altruismo», voces secas y descarnadas que revelan instintos biológicos comunes a todos los animales. Pero la sublime utilidad del sacrificio de Jesús-Cristo para alcanzar el supremo bien, solo pueden comprenderla los hombres, alumbrados por aquella divina y consoladora invitación: «Buscar el reinado de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura».

Antonio Rojo Villanova.

¡SITIO!

Al llegar de Jesús la postrer hora
inclinada al dolor la noble frente
Sed tengo, dijo el labio balbuciente
del Amor hecho carne redentora.

Aquella horrible sed abrasadora
cruel angustia del hijo Omnipotente
más la encendió soberbia e insolente
la amarga hiel de la impiedad traidora.

Igual, Señor, el hombre en sus anhelos
sed tiene de alcanzar, con propia ayuda,
la eterna hiel de tus preceptos sabios.

Y al escalar la cumbre de los cielos
se aparta de la fe, surge la duda
y revuelve la hiel entre sus labios!

Pedro Riaño de la Iglesia.

GUADIX.—Imp. de EL ACCITANO.

EL ACCITANO

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO
DE INTERESES GENERALES

Oficinas: Villa Alegre.—4.—Guadix

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (PAGO ANTICIPADO)

En Guadix, Ptas. 10.00

En toda España » 10.00

En el extranjero. » 12.00

Número corriente 25 céntimos de peseta. A' rasa d. 650

Anuncios 1.ª plana peseta línea: 2.ª 75 céntimos peseta 3.ª 50 céntimos: 4.ª 25.

Comunicados: a pre convencionales.

EL ACCITANO

PROVINCIA DE

Sr. D.